

PAULA
GAVIRIA
BETANCUR



Yo creo que genéticamente debo tener una historia de sufrimiento, de privaciones, de lucha por la justicia y la igualdad. Eso está en la sangre, estoy casi segura.

Paula Gaviria Betancur

Por Valeria Arias / VA y María Angélica García / MAC

En un café, con luces tenues y mesas de madera, ubicado en el barrio La Macarena de Bogotá, Paula Gaviria Betancur espera. Las periodistas llegan puntuales a la cita. Ella les recuerda que solo tiene 30 minutos para hablar.

Gaviria, nieta del expresidente Belisario Betancur, fue la primera directora que tuvo la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas. Comenzó esa labor desde cero, cuando la institución era solo una idea en un papel. Fue la encargada de materializar ese gigante en el que las víctimas del conflicto armado de Colombia ponían sus esperanza, tras ser aprobada la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras en el año 2011.

El reto llegó a su vida cuando una de sus hijas tenía cuatro años, y a pesar de saber que tendría que sacrificar tiempo familiar, decidió, con el apoyo de su esposo, servir a quienes han visto la guerra de frente y esperaban que una institución del Estado se dedicara a escucharlas y a buscar garantías para su reparación.

Dirige la Fundación Compaz, creada por Juan Manuel Santos tras recibir el Premio Nobel de Paz. Además, integra el Panel de Alto Nivel de Naciones Unidas para proponer una respuesta al desplazamiento forzado en el mundo; y es consultora independiente en temas de justicia transicional, víctimas y construcción de paz.

Con una sonrisa se sumerge en su pasado, tejido por una causa: la defensa de los derechos humanos. Su vida es un trasegar complejo por la historia del país, interesante, que merece tiempo. Los 30 minutos previstos para la conversación se convirtieron en horas.

VA-MAG: Vamos unos años atrás, su primer trabajo fue en la Corte Constitucional. ¿Es ahí donde empieza a trabajar por las víctimas?

R/: Me gradué de abogada y empiezo a trabajar en la Corte Constitucional por azar, porque una amiga me dice: “Oiga, allá están haciendo prácticas”.

Después, hay una vacante en el despacho del magistrado Eduardo Cifuentes. Yo aplico y quedo seleccionada. No tenía muy claro qué quería hacer; sabía que tenía que ver con derechos humanos, con ayudar, porque desde chiquita he estado con esa obsesión de servir, pero no sabía en qué, ni dónde, ni cómo. Igual era una super escuela estar ahí. Aprendí muchísimo. Tuve los mejores maestros.

Estoy hablando del año 96, cuando la Corte está en auge, cuando era la esperanza, porque estaba materializando las apuestas de la Constitución en unas propuestas muy progresistas, muy bonitas, de libertades, de igualdad.

VA-MAG: ¿Cómo pasó de ser abogada a convertirse en la primera jefa de prensa de la Corte Constitucional?

R/: En algún momento, en ese proceso, decido empezar a estudiar periodismo, a hacer una especialización, porque siempre me ha gustado escribir. Ahí (en 1999) se da una coyuntura y es que el presidente de la Corte, que antes era mi jefe, Eduardo Cifuentes, decide proponer mi nombre para que me vuelva la jefa de prensa.

Hasta ese momento, en el 98, recordando que la Corte se creó en el 91, ningún magistrado se había dado cuenta de que tenían la potestad de crear ese cargo. Él se percató cuando fue presidente.

Me dijo: — Oiga, ¿usted no quiere ser la jefa de prensa?

—¡Perfecto! Porque está acorde con lo que estoy estudiando.

Soy la primera jefa de prensa de la Corte Constitucional. Entonces, era muy bonito porque era conectar todo lo que pasaba dentro y contárselo a la gente afuera. Pero igual era difícil porque yo no era periodista, o sea, terminé la especialización, pero no tenía la tarjeta profesional.



VA-MAG: Para ese momento se había eliminado la tarjeta profesional para periodistas

R/: ¡Ya se había caído! Carlos Gaviria había tumbado esa sentencia que es súper bonita, porque dice que no se necesita. Hay que tener unas cualidades y uno estar sirviendo a la democracia “y tal”, pero no se necesita, no es una condición tener el cartón, la tarjeta profesional, para ejercer el periodismo.

Pero me la montaron horrible. Fue difícilísimo con los periodistas que creían que yo no merecía estar ahí. O sea, una abogada qué va a estar haciendo ahí. Fue sufrido, pero súper retador y súper bonito.

VA-MAG: ¿Siempre su interés ha estado centrado en temas de conflicto, de víctimas, de restitución?

R/: Después de la Corte, donde estuve cinco años, a mi jefe lo nombraron Defensor del Pueblo, entonces yo me fui a trabajar con él. Ahí me dediqué a todo el tema de comunicaciones. Y después, en la misma Defensoría me dediqué al tema de promoción y divulgación de los derechos humanos.

Posteriormente, pasé a una organización privada que se llama Fundación Social, que en ese momento estaba logrando una incidencia en el Congreso en la discusión de la Ley de Justicia y Paz durante el proceso de desmovilización con los paramilitares. Nosotros ahí empezamos a poner la pregunta sobre las víctimas, a decirle a los congresistas: “ustedes no pueden sacar una propuesta de justicia alternativa para quienes están reintegrándose a la vida civil, sin tener en cuenta a las víctimas”. Estamos hablando del año 2005, cuando en el mundo empezaban a surgir esas preocupaciones, a salir principios internacionales sobre los derechos de las víctimas.

Durante un año se discutió la Ley que posteriormente terminó siendo archivada, como en el 2009, porque no había ambiente político, porque no había condiciones, porque el gobierno del momento (precedido por Álvaro Uribe Vélez) sentía que la Ley era fiscalmente insostenible.

A los pocos años, en ese monitoreo del Congreso identificamos que había una iniciativa para trabajar el tema de las

víctimas de la violencia. Acompañamos ese proceso desde la sociedad civil en lo que años después se convertiría en la Ley de Víctimas de 2011.

Luego, en ese mismo año, el expresidente Santos me pide que dirija la Unidad para las Víctimas.

VA-MAG: ¿Esperaba que la llamaran para un cargo tan importante el presidente de la República?

R/: Sorpresa. No me lo esperé nunca, nunca ¡lo juro! Me llama el presidente Santos y me ofrece la dirección de la Unidad para las Víctimas. Es raro, porque había gente que llegó a creer que yo ambicionaba ese puesto. Los políticos, porque obviamente se trataba de una posición muy importante.

VA-MAG: Y por primera vez, es decir, para asumir un cargo nuevo.

R/: ¡Exacto! Tenía eso de simbólico y también abría la oportunidad para hacer tantas cosas.

La Unidad, en cuanto a diseño institucional, la habíamos ayudado a nacer en ese acompañamiento que le hicimos al Congreso. Nosotros organizamos muchas mesas de expertos, trajimos gente del Perú, de España, de diferentes lugares que podían compartirnos sus experiencias en procesos similares para que nos ayudaran a pensar; obviamente, consultando a las víctimas sobre qué tipo de institución querían. Porque también había que reflexionar sobre qué institución podría ser viable, la mejor para poder implementar esa ley tan ambiciosa, y de ahí salió la Unidad para las Víctimas. O sea, la habíamos diseñado y concebido nosotros, pero no con la intención de ponernos después a dirigir la política, no era la intención. Entonces a mí sí me sorprendió.

VA-MAG: ¿Podría describirnos la escena? ¿Cómo llega esa propuesta en el año 2011?

R/: Me acuerdo que ese día mi hija había empezado el colegio y estaba en un concurso de natación. Estábamos allá, un día entre semana, y de pronto una mujer me llama y me dice: “Oye, ¿a ti esto te suena?, ¿te interesaría?”.

Me tuve que sentar (estaba sorprendida). Yo sabía qué implicaba, sabía las exigencias, los retos, dónde me estaba metiendo. Son esas cosas que en la vida a uno le pasan porque sin darse cuenta las trabajas y llegan de pronto. Entonces le pedí que mejor lo meditáramos. No le respondí que “sí” en ese momento.

Después recibí otra llamada de una persona que trabajaba en la Presidencia y que era la mano derecha de Juan Manuel Santos:

—Oiga, me están hablando de usted. Quiero saber si le interesa, para saber si nos movemos con el tema.

—Pues me siento súper honrada. Déjeme yo lo consulto en mi casa...

Entonces me senté con mi esposo, con mi mamá, con mi papá, y les conté:

—Mi nombre está sonando para esto. Lo que quiero que sepan es que si yo acepto, no lo puedo hacer sola, necesito que me rodeen, porque voy a seguir siendo la mamá de mi hija, pero voy a estar un poco apartada. Lo hago solo si cuento con el apoyo de ustedes.

Mi esposo respondió:

—Yo prefiero que cuando nuestras hijas sean grandes puedan sentirse orgullosas de su mamá. Me parece más importante poderles decir que su mamá no dejó de hacer nada por ellas, que estaba cumpliendo un sueño, que la puedan admirar; en vez de decir “no, me quedé cuidándolas en casa”.

Y un día yo estaba en la casa y recibí una llamada:

—¿Señora Paula Gaviria?

—¿Sí?

—Un segundo por favor...

Y se pone al teléfono un señor que habla muy raro, y yo pienso que me están molestando, o sea, yo pienso que me estaban tomando el pelo. En ese instante transmitían el programa Los Reencauchados (parodia política), que veía a veces y ahí lo imitaban a él, y la voz, yo la sentí igualita. Entonces yo solo me imaginaba a Los Reencauchados, mientras hablaba con él. Yo pensaba: “Esto es mentira. Alguien me está ‘mamando gallo’”.

—Hola, soy el presidente Santos, es que me han hablado mucho de usted. Yo no sabía que usted existía, pero me han hablado mucho de usted por distintos lados, y quiero invitarla a que lidere la política más importante de mi gobierno. El mundo, la humanidad, nos está mirando. Esto es un ejemplo para el mundo.

—Me siento muy honrada. Muchas gracias.

Estaba súper nerviosa, porque otra vez el destino, muy grande, hermoso, es un regalo, pero no era cualquier reto.



VA-MAG: Cómo se concreta su nombramiento de primera directora de la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas

R/: Desde septiembre empecé a trabajar solita; empecé a trabajar antes de estar contratada. Eran condiciones muy precarias para mí porque no tenía quién me ayudara, no tenía equipo, no existía la Unidad, no podía ir a esas reuniones donde se iban a tomar decisiones que, eventualmente, afectarían el desempeño de la institución que yo iba a dirigir.

Incluso, tengo una anécdota: Un día recibo un correo de una persona que me dice: “Hola, soy Milena Morales, me acabo de graduar de la universidad. Vi y leí que te designaron en este cargo. Si quieres te ayudo, qué necesitas”.

Y esa niña se volvió un ángel para mí. Yo no le podía pagar porque era una voluntaria que apareció del cielo. Con ella logramos estructurar un montón de cosas. Y después, en diciembre, tocó construir la Unidad con la Función Pública.

Había un café al lado de mi casa que se llama Andante. Mi oficina era Andante. Ahí empecé a reclutar gente, a hacer entrevistas. Entrevisté a la que después fue la secretaria general, el jefe de presupuesto, la jefa de planificación, el director de una cosa, la otra. Yo tenía claro con quién iba a hacer equipo, pero diciembre transcurrió sin que me nombraran.

A todas estas, el 6 de enero de 2012 me llegó la resolución de nombramiento, fue por ventanilla porque el Presidente no estaba.

VA-MAG: En medio del proceso de creación de la Unidad de Víctimas, ¿percibió alguna molestia por el hecho de ser mujer y, de paso, la directora?

R/: Pues es que cuando hay discriminación por razón de género, a veces es muy sutil. Creo que ese es el mayor problema.

Ese cargo tenía una importancia simbólica. Lo que siento es que había una combinación de “y ¿esta señora de dónde salió?”, por ser joven y mujer. No era tan fácil negociar con otras autoridades del gobierno. La Procuraduría y la Defensoría fluyeron sin ningún obstáculo, pero con otras no era tan fácil. Con las oenegés, que eran aliadas mías en la época en la que estábamos ayudando a hacer la Ley de Víctimas, tampoco fue tan fácil, porque fue como “bueno, esta señora estuvo al final en la discusión de la Ley, pero no tiene la trayectoria”. Había celos...

VA-MAG: ¿Y algún comentario basado en discriminación de género?

R/: No, pero no era fácil. No era fácil en el mundo de los políticos, un mundo en el que la mayoría también eran hombres, con los que pasaba todo el tiempo. No era fácil con un perfil técnico, porque yo era técnica. Hay una tendencia a que hay cargos que son más políticos, que nombran personas que tienen compromisos políticos, y yo no. Entonces, en ese punto se sentía un poquito de machismo también.

VA-MAG: ¿Considera que logró colocar a las víctimas en el centro de una institución, cuando históricamente los gobiernos no les habían dado un lugar prioritario?

R/: Para mí eso fue súper prioritario, que la gente que estuviera ahí fuera gente muy sensible. Yo les decía todo el tiempo a los funcionarios:

—El privilegio no es el de la víctima por estar acercándose a hablar con usted que es el funcionario. El privilegiado es usted que tiene la oportunidad de que una víctima le esté dando la confianza para que la atienda. Porque eso que las víctimas han vivido, esa capacidad de salir adelante, lo único que puede representar para usted, en su vida profesional, es una oportunidad. Usted no le está haciendo un favor a nadie, es la víctima la que está confiando en usted.

Había una perspectiva muy humana en ese relacionamiento. Le trabajamos mucho a eso, mucho. En comunicaciones. Y había un enfoque psicosocial en la Unidad. La mayoría del equipo directivo eran mujeres.



VA-MAG: ¿Usted decidió que la acompañaran mujeres o fue algo orgánico?

R/: El equipo que estuvo detrás de la Ley, en un 95 % éramos mujeres procedentes de organizaciones sociales. Y el equipo con el que yo trabajé en la Fundación Social estaba integrado por mujeres.

Ese equipo, que era de toda mi confianza, gente con mucha trayectoria, con mucha sensibilidad, que conocía la Ley, se volvió después el equipo directivo. De ahí salió la subdirectora de la Unidad, la directora de Nación Territorio, la directora de Retornos y Reubicaciones.

VA-MAG: ¿Fue complejo unificar la información de todas las víctimas del conflicto?

R/: Claro. Nosotros nos montamos sobre el registro que tenía Acción Social (institución que precede a la Unidad de Víctimas). Acuérdense que la Ley 387 de 1997²¹, que es la ley de desplazados, preveía que se levantara un registro y Acción Social tenía uno con cuatro millones de desplazados aproximadamente.

Entonces lo que había que hacer era integrar otros registros por secuestro, violencia sexual, desaparición, entre otros, y los registros que había dispersos en las diferentes entidades del Estado había que unificarlos en el Registro Único. Y sobre esa base empezar a buscar al resto de las víctimas. Entonces vino toda esa construcción, por ejemplo, con la Procuraduría y la Defensoría, de algo muy importante que es la puerta de entrada al Registro: el formato de la declaración de víctimas.

Porque la ley parte de una premisa importante y es la buena fe. Entonces la carga de la prueba para demostrar que una persona es víctima le corresponde al Estado; la víctima no es quien debe demostrar que ella sí fue afectada directamente por el conflicto.

La Unidad llegó a tener cuatrocientas personas dedicadas a estudiar las declaraciones.

21. Ley 387 de 1997: "Por la cual se adoptan medidas para la prevención del desplazamiento forzado; la atención, protección, consolidación y esta estabilización socioeconómica de los desplazados internos por la violencia en la República de Colombia".

VA-MAG: Las historias de las víctimas son muy duras, ¿recuerda alguna en particular?

R/: Me acuerdo en un lugar que se llama Las Brisas, que fue donde ocurrió la masacre de Mampuján, en Montes de María. Ese fue el primer viaje que hice a territorio. Y ahí la comunidad me quiso llevar al lugar donde habían matado a los campesinos. Un señor que se llama Rafael Pozo nos narró: “Estos son los árboles de tamarindo en donde colgaron vivas a las personas que habían herido... Vengan, les quiero mostrar unos dibujos que no he mostrado antes. Unos dibujos que hice después de la masacre de cómo quedaron los cuerpos”.

Nos sentamos en una chocita en la mitad del campo, a ver esos dibujos y eran... pues eran... personas a las que se las estaban comiendo unos perros. Cuerpos que estaban siendo destrozados. Una cosa aterradora.

Se le va a uno el aire, no sabe uno qué responder ante tanta atrocidad. Se te escurre la lágrima, tragas saliva, pero te toca... eres una funcionaria que tiene que dar consuelo. Creo que hay un tema de empatía, que ellos vean que uno entiende su dolor, pero no puedo quedarme llorando ahí con ellos todo el día. Tengo un rol, tengo una respuesta que debo dar como institución.



VA-MAG: ¿Cómo enfrentó la desconfianza de la gente?, y por su puesto de las víctimas, al Estado.

R/: Por ejemplo, en Mampuján, la primera vez que fui me dijeron:

—Necesitamos que usted nos diga por qué esta vez podemos confiar en el Estado, que nos ha quedado mal durante tantos años ¿por qué en usted sí podemos confiar?

—Pues porque estoy acá. Díganme si alguien ha venido hasta aquí.

—No, no ha venido nadie.

—Pues yo estoy acá y les estoy dando la cara. Y me comprometo a cumplir.

Esa gente unos años después me dijo: “Nos cumplió. Gracias a ustedes volvimos a creer en el Estado”.

VA-MAG: Pero entendemos que las condiciones de la Unidad para las Víctimas tampoco eran las mejores. Trabajaban en medio de muchas dificultades: presupuestos limitados, personal insuficiente, tecnología muy moderada.

R/: Total. Existían barreras informativas. La información sobre las víctimas nunca era la suficiente. Recursos insuficientes, insuficientísimos. Había que planificar para que progresivamente las respuestas fueran emergiendo. Coordinar muy bien para que lo poquito que había estuviera distribuido. Y de capacidad, porque aunque éramos grandes, no podíamos estar en todas partes, no podíamos estar de manera oportuna.

Además, esto está pasando en medio del conflicto armado. Seguía la violencia, entonces había una línea de trabajo muy fuerte que era humanitaria. La Unidad se iba todos los días a recoger muertos, a atender desplazados; a la par que tenía que reparar, que atender. Era un desafío grandísimo. A veces, también es muy frustrante, pero tienes que hacer lo mejor que puedes con lo que tienes y que esa persona con la que interactúas lo sienta así.

Yo me encontraba con gente que me decía: “¡Ay, doctora!, yo le pasé mi derecho de petición y mire lo que me respondió”. Yo leía y eran unas respuestas ridículas, y yo me reprochaba: “cómo... uy, qué pena, ¿cómo le respondimos esto a esa señora?”. Claro, pero todo era tan masivo que tú tenías era como una fábrica de producción de respuestas.

VA-MAG: En 2016 el mismo Presidente Santos la nombró Alta Consejera de Derechos Humanos, ¿cómo siguió en ese cargo enfrentando la desconfianza?²²

R/: Después de haber estado en la Unidad, fuimos a Trujillo, Valle del Cauca, luego de una masacre terrible (en el año 2017), a hacer alguna cosa con la Consejería, me acuerdo que una señora al final me estaba buscando:

—Ay, doctora. Necesito hablar con usted. Quiero darle las gracias.

—¿Por qué?

22. “Después de cuatro años como Directora de la Unidad de Víctimas pasó, en abril del 2016, a ser Consejera Presidencial para los Derechos Humanos, dejando su cargo en manos del ex gobernador del Meta, Alan Jara. En ese cargo estuvo hasta el 7 de agosto del 2018, cuando terminó el gobierno Santos e Iván Duque nombró a Francisco Barbosa en su reemplazo.

—Porque usted me mandó una carta que decía que sentía mucho lo que me había pasado, y que usted reconocía que yo era víctima. Usted fue la primera persona que creyó que esto me pasó, y que creyó en mí.

VA-MAG: Paula, usted es nieta del expresidente Belisario Betancur, ¿eso ha influenciado en su lucha por las víctimas?

R/: Hay dos cosas. Una, toda la apuesta de él por la paz. Él fue candidato cuatro veces y, por lo menos, en dos de esas candidaturas su bandera fue la paz. El Partido Liberal se dividió, o sea, él estaba contra López Michelsen y después contra Galán; y cogió esos votos liberales. Votó mucha gente por él con la promesa de la paz.

Hoy tú te encuentras todavía con gente, un poquito mayor que yo, que en esa época tendría 18 años, que dicen que su primer voto fue por él. Gente que despertó la conciencia política con esas últimas elecciones, porque él hizo un llamado a la unidad nacional, al movimiento nacional, que era que todos teníamos que apostarle a la paz.

Creo que también hay una cosa que he analizado últimamente y es que él tuvo una niñez de muchísima pobreza, de extrema pobreza. Todavía no sabemos si es totalmente cierto o no, pero él decía que tuvo 22 hermanos, de los cuales murieron 17. Por lo menos 15 sí tuvo. Muchos nacían casi muertos o se morían a las horas. Otros se morían de hambre. No había condiciones médicas. Nada. Él fue una persona que “se superó”, como se dice coloquialmente, y siempre quiso que nosotros no sufriéramos lo que él sufrió. Era obsesivo con eso, y también con la justicia, con la igualdad. Yo creo que genéticamente debo tener una historia de sufrimiento, de privaciones, de lucha por la justicia y la igualdad. Yo creo que eso está en la sangre, estoy casi segura.

Y segundo, a nosotros nos marcó mucho el caso del Palacio

de Justicia (toma y retoma en el año 1985). Dividió en un antes y un después la historia familiar, nada que hacer. Nosotros estábamos en México y eso lo vivimos desde allá con muchísimo dolor, porque no podíamos estar acá con él, ni con mi abuela para solidarizarnos y acompañarlos.

Eso también partió su gobierno en dos y con todas esas re-criminaciones de “¿usted no era el pacifista?, ¿el que prometió el diálogo?, ¿por qué no dialogó?, ¿por qué metió las tanquetas?, ¿por qué los desaparecidos?”.

Entonces, yo creo que eso, sin que sea muy racionalizado, a mí me influyó en cosas de derechos humanos, no sé. Y creo que hay una última cosa que es vocación de servicio, de estar al servicio de los demás.

